

REVISIONES

ALCANTARA gustosamente se ocupará, con la extensión que las circunstancias permitan, de los libros que con este fin le sean enviados.

«POR TRESCIENTOS REALES», por R. A. Kaltofen. Ed. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1944.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, España experimenta profundos cambios estructurales. En el reinado del rey Carlos III se transforman y modifican algunos tradicionales conceptos sociales, políticos y económicos, en tal grado que para muchos historiadores, el reinado de este Borbón, aunque muy discutido, es considerado como la época en que comienza la verdadera incorporación de España a las corrientes modernas europeas.

Una de las más meritorias obras de Carlos III fue la repoblación y colonización de Sierra Morena por trabajadores españoles y extranjeros. La novela que comentamos está basada principalmente en la odisea de unos campesinos alemanes, Teresa y Pepp que desde su lejana ciudad de Bregenz, cerca del lago Constanza, acuden llenos de ilusión a España, atraídos por el señuelo del ventajoso contrato que se les ofrecía. Asistimos pues, paso a paso, a la fundación de La Carolina, a la trabajosa construcción de sus primeros edificios, la roturación de los campos baldíos, sus iniciales cosechas... Paralela a la trama de la novela la historia de España, se va desarrollando, el autor bien documentado nos pre-

senta la figura de Pablo Olavide, el principal artífice de esta realización. También a La Carolina llegan los aires de la Revolución de 1789 y más tarde los ecos de la invasión napoleónica y de la batalla de Bailén.

Por las últimas páginas de la obra vemos ya la problemática conflictiva de las nuevas generaciones de colonos y caído en desgracia Olavide, adivinamos la decadencia inminente de la población.

R. A. Kaltofen, autor alemán de «Por trescientos reales», versado conocedor de los españoles y sus costumbres ha escrito una obra sencilla, llena de evocaciones y divulgadora de unos años importantísimos y vitales de nuestra Historia.

* *
«EXTREMADURA. TIERRA DE CONQUISTADORES». Publicaciones del Ministerio de Información y Turismo. Ed. Nacional.

La sección de Propaganda e Información Turística ha editado un nuevo y artístico folleto en color destinado a promocionar el turismo de las dos provincias extremeñas. De cómodo formato, doblado en forma de tríptico, con atractivas fotografías y texto ameno la publi-

cación nos sirve en sus diez y seis páginas una completa información histórica, y artística de Cáceres y Badajoz, complementada con bellísimas reproducciones de los rincones de más significado tipismo. El folleto además de un mapa regional, con la red de comunicaciones realizada, lleva planos detallados de ambas capitales, y muchos datos imprescindibles para el turista que llegue a nuestra tierra.

J. A. O. M.



«LAS CATEDRALES DE PLASENCIA»
Guía Histórico-artística de Plasencia,
1972, por Manuel López Sánchez-Mora,

El erudito canónigo-archivero de la catedral de Plasencia, don Manuel López Sánchez-Mora, ha dado a la estampa su obra «Las catedrales de Plasencia», trabajo que le ha llevado muchos años de investigación, de desempolvar documen-

tos. El ensayo de que nos ocupamos es una guía histórico-artística de las catedrales de la bella ciudad del Jerte. Digamos, ya de entrada, que se trata de un trabajo, de un estudio importante y que puede considerarse casi exhaustivo y del más valioso contenido. Trabajo de síntesis, concreto y bien escrito, que permite leerse con facilidad para ponerse al corriente de lo que encierran los templos catedralicios de la llamada diócesis de la Hispanidad.

El libro, muy manejable por cierto, libro de bolsillo, ha sido ilustrado por el artista placentino Jaime J. Jiménez García, autor de la portada. En el texto se incluyen varias fotografías que animan y avellan el volumen y facilita el mejor conocimiento de las catedrales.

«Las catedrales de Plasencia» era un libro esperado y ahora tenemos que decir que de la mayor utilidad, con el que el señor López Sánchez-Mora pone una vez más de relieve su amor a la investigación y su deseo de prestar un excelente servicio a cuantos tienen interés por conocer todo lo que atesoran las catedrales placentinas.

Dotado de gran experiencia y hombre

eminentemente práctico, el señor López Sánchez Mora señala con un asterisco los párrafos que basta leer por quienes hagan una rápida visita a la catedral.

Libro excelentemente presentado, incluye también las fuentes y la biografía, aspecto tan interesante para los estudiosos y hasta para quienes tengan curiosidad por cuanto se aborda.

En el volumen que glossamos hay la más cuidada información y plena de rigor sobre la fundación de Plasencia, de la diócesis, hechos y antecedentes históricos, la catedral nueva, la fachada principal, el museo que fué inaugurado el año 1948, con tantas obras dignas de admirarse. la catedral vieja con un nutrido temario, en suma, cuanto concierne a los preciados monumentos arquitectónicos placentinos.

El libro del erudito jaraiceño está dedicado al Dr. D. Juan Pedro Zarranz y Pueyo, que ha celebrado las bodas de plata con el Episcopado y con la sede placentina y que hace el número 96 en el Episcopologio placentino.

No podemos terminar esta reseña sin hacer constar que el libro viene a llenar una necesidad hondamente sentida cual es la de proporcionar la divulgación histórico-arqueológica de las obras de carácter monumental.

Los afanes de investigación del señor López Sánchez-Mora afortunadamente no terminan con cuanto contiene este volumen, ya que anuncia sus obras en preparación «Visión de Plasencia en los siglos XVI y XVII» y «Episcopologio placentino», obras muy necesarias para el mejor conocimiento de la «Perla del Valle» y de las figuras extraordinarias que han regido la diócesis.



«RADIOGRAFIA DE LA CULTURA»,
por José Antonio Pérez-Rioja. Ediciones
Liber. Gráficas «Sigma», Plar de Costa,
12 - 4.ª planta. Bilbao. 1972.

El prestigioso ensayista José Antonio Pérez-Rioja, Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Madrid, con premio extraordinario por su tesis sobre el

helenista Ranz Romanillos, Corresponsiente de las Reales Academias de la Historia y Bellas Artes, así como de la Institución «Fernando el Católico», etcétera, Director de la Casa de la Cultura y Delegado Provincial del Ministerio de Educación y Ciencia en Soria, enriquece ahora su bibliografía con un libro del mayor interés «Radiografía de la Cultura», que incita imperiosamente a la lectura por el cúmulo de datos que contiene tan útiles todos para el hombre moderno pleno de inquietudes, en constante anhelo de superación, de estar lo que se dice al día, pese a lo mucho que se publica hoy y a cuanto nos atosiga el vivir actual.

Ese destello de Dios que el hombre, a veces, ha logrado plasmar en ideas, pensamientos, acciones, ciencia, arte y belleza es lo que merece siempre ser recordado y a ello hay que dedicar la mayor y más profunda atención.

Nos hallamos ante una obra de síntesis — no olvidemos que los grandes hombres son hombres de síntesis — en la que se ofrece un enfoque nuevo y distinto al de los manuales tratados al uso, porque pretende mostrar la evolución cultural de la humanidad a través del espacio y el tiempo, apenas sin hechos, con las fechas necesarias y los nombres más indispensables para conocer no lo externo, sino lo interno de las acciones humanas. Esto es lo que Pérez-Rioja denomina intrahistoria o espiritografía.

La obra que nos es dable glosar consta de tres partes fundamentales:

Primera, una introducción expositiva de los conceptos Historia, Civilización, Cultura, Espacio, Tiempo, Individuo y Sociedad.

Segunda, una explicación de la cultura a través del Espacio y del Tiempo, las épocas, los siglos y las generaciones.

Y tercera, el hombre como creador y receptor de la cultura.

Por último, Pérez-Rioja incluye en el formidable ensayo del que tratamos, que contiene 367 páginas, una bibliografía y un índice onomástico de la mayor utilidad para consultar en su momento determinado.

La bibliografía seleccionada la subdivide en diversos grupos.

En este interesantísimo volumen «Radiografía de la Cultura», el autor — que lleva dados a la estampa más de veinte libros, centenares de artículos y críticas — ha tratado de facilitar una síntesis muy completa y al día de la historia universal de la cultura en su más amplia y variada gama de aspectos. Proporciona lo más saludable, lo que realmente merece recordarse de la historia interna, de los destellos del espíritu humano en el tiempo y en el espacio.

Obras como la última producción de Pérez-Rioja por su rigor y por el noble intento de prestar el mejor servicio cultural, se recomiendan por sí solas. Su utilidad es bien manifiesta y por ello digna de difundirse para que sea conocida por los que sienten las más nobles preocupaciones del espíritu.

Solamente un hombre de la enorme cultura, capacidad de trabajo, formación y entrega de Pérez-Rioja, a lo que hay que unir su gran experiencia en sus actuaciones profesionales y como publicista, podía llevar a cabo la alta empresa de «Radiografía de la cultura».

Devoto del libro por vocación y profesión, Pérez-Rioja dedica el volumen desde la Extremadura del Duero al autor de esta recensión en la Extremadura cacereña y lo hace consignando el Año Internacional del Libro.

Nos parece muy bien que lo recalque, porque hay que aventar por todos los medios los valores del libro y este año se destacan aún más en virtud de una feliz iniciativa convertida en tangible realidad.

Todos debemos colaborar en esta labor que está mereciendo de los organismos, centros, asociaciones y casas editoriales una ejemplar aquiescencia.

Valeriano GUTIERREZ MACIAS



CANAS DE DIOS EN EL ALMENDRO, por Jesús Delgado Valhondo. Colección «Angaro», n.º 23. Sevilla, 1971.

El poeta, nuestro gran poeta Jesús Delgado Valhondo, ha hecho una breve selección — once poemas — entre sus poe-

sías para este n.º 23, que edita el sevillano Grupo Angaro con sencillez tipográfica y gran contenido poético.

Se asegura por ahí que el autor suele ser mal escogedor de su obra. Es una de tantas cosas que alguien dice una vez y luego muchos le piten por boca de ganso, sin más meditación ni análisis, y que a veces resulta cierta y otras muchas mentirosa.

Aquí es el poeta el que ha espigado y lo ha hecho en sus más granadas gavillas: once espigas estallantes, reventando de la mejor poesías y con tanta alma dentro que más no sería posible.

Así, este fascículo es como esos raros y exquisitos manjares que se ofrecen casi no más que al paladeo y delectación de escogidos catadores; como el nectario de una de esas flores del almendro a las que el poeta alude, con rara intuición, en el título con que presenta su obra.

Muchas veces hemos comentado la poesía de Jesús Delgado Valhondo y siempre la hemos vivido con él en hermandad entrañable y gozosa, pero cada vez que volvemos a ella encontramos un pálpito nuevo, una relampagueante sorpresa, algún escondido acento que se nos escapó en anteriores lecturas.

¡Buenos días, Señor, porque te quiero y has hecho que despierte tan temprano!

Es la oración sencilla e intensa de este creyente pecador, que ha caminado mucho, que ha sufrido mucho y que, por eso, ha sido y es muy feliz también:

Buenos días, Señor, a Ti el primero que eres historia y sangre de mis años.

Casi no es necesario seguir leyendo. Cada poema de este libro vale por muchos días de lectura, por muchos días de dulcísima meditación.

Aquí esta, tengo para mí, el quid de la verdadera poesía; de esa poesía que nos deja llenos con su sorbo, que aroma tan solamente con un rocío, que, con un par de versos, nos rebosa de bienestar y hace felices.

No ha olvidado, no lo olvida nunca, el poeta que es maestro de vocación y que con los niños y entre los niños y

Dios vive y siente el latido de sus mejores versos. Tan sincera y francamente lo digo como que el único verso que he robado en mi vida es el que cierra ese bellissimo poema que él titula «Levántate y anda», en el que relata como un niño cae mientras juega y él le alza del suelo, seca sus lágrimas y le ve correr de nuevo, tan alegre como antes, mientras el poeta queda musitando enternecido:

Yo casi Dios. ¡Qué alegría!

Para qué más. Cada uno de estos once poemas son un logradísimo momento poético que vale por una vida y cualquier comentario sobre ellos resulta pobre y casi minera]. La obra lograda no precisa de dijes ni relicarios y rechaza cenefas y lambrequines; por sí misma se comenta y adorna.

Por eso, lector, si quieres, búscala y deléitate con ella que, o yo me equivoco mucho, o no habrás encontrado nunca nada que te sea tan placentero.

«MANANTIAL DE AMOR», por Matilde Camús. Santander, 1972

Cierto que el poeta escribe siempre para ser leído — también para leerse a sí mismo — y, por supuesto, para ser admirado; lo que suele percibirse entre renglones con más o menos certidumbre según sean menos o más agudas la verdad, destreza o coquetería del escritor.

Naturalmente, Matilde Camús escribe — publica, sería mejor decir — para gustar a los demás; con deseo de merecer el aplauso y admiración de todos; lo que es tan humno y, en su caso, tan honesto que por sí solo se justifica.

Y, sin embargo, es tanta la espontaneidad lírica de su poesía de su poesía que, al leer este bello libro, parece que estamos cometiendo pecado de intromisión; que, indiscretamente, hemos abierto las páginas de un diario íntimo; que sorprendemos un dialogar apasionado en el que la esposa, reclinada sobre el pecho del amado, le musita, con ruborosas temblores, los trémolos de su enamoramiento;

Pletórica de luz y mediodía
me acerco hasta tu pecho que me llama.
Voy hasta tí porque me piensas siem-
pre.

porque esperas sentirme ya granada
y me das el caudal de tus raíces
en tu fecunda sangre enamorada.

Porque estos primeros poemas de «Man-
natial de amor» son como transcendi-
dos del «Cantar de los Cantares» y Ma-
tilde Camus como nueva Sulamita que
deliquia ternezas al esposo:

Vendrás siempre conmigo, amado es-
poso,
escuchando las cosas que te diga...

Salvo que, si seguimos leyendo, ad-
vertimos muy luego, la fundamental di-
ferencia entre el acento de la poesía de
Matilde Camus y la del Poema Bíblico.
Este se recrea, digamos, en el amor de
hombre y mujer—aparte de los simbolis-
mos exegéticos—no extendido más allá,
complacido en sí mismo; aquel es más
acabado y generoso porque no se justifi-
ca por sí mismo, aunque tenga hondas
raíces en su ensimismamiento, sino por-
que debe, porque tiene que engendrar
nuevos amores:

Verás la luz brillar en mi pupila,
sentirás que me envuelve más ternura,
que el alma se me llena de dulzura
y en mi carne otra carne se perfila.

Tanto es así como que, en seguida, los
poemas de Matilde Camus cambian el
acento amoroso de esposa por el de
madre.

Con inspirada oportunidad abre la
nueva temática con esta sencilla e inten-
sa frase del Evangelio de San Lucas: «...y
su madre guardaba todas estas cosas en
corazón».

Y, en efecto, ella, que también guarda
mucho adentro en el suyo, se abre en
claro manadero y va destilando poesía
de aguas limpias, que susurra caricias y
arrollos maternos.

Ahora ya todo son variantes sobre el
mismo tema: Aquí una nana, luego un
sobresalto, más allá el gozo de la mater-

nidad que prende al hijo del pecho, una
canción de corro...

Muchos de estos breves y deliciosos
poemas tienen sonos y ternuras de vi-
llancicos con aire de seguidilla y tinti-
neos de sonajas y almireces.

El libro se cierra con un soneto pes-
fecto dedicado, otra vez, al esposo. Pero
ahora la voz es ya otra. Ha perdido la
llama y ha ganado rescoldo. Ya los hijos
han crecido y andan volanderos. Se es-
caparon del nido tibio que la madre les
mecía. Pero él está cerca, siempre estuvo
cerca y atento, callado y generoso. Ella lo
sabe y vuelve a él, las alas vacías, segura
del refugio que allí tiene:

Eres el árbol recio y poderoso
donde apoyo mi débil contextura
.....
Claridad en la noche de mi mundo
y eterno compañero en mi camino.

En resumen: el libro tiene unidad per-
fecta, graduación natural, suave, sin
brusquedades ni retorcimientos; y un
contenido poético tan intensamente hu-
mano y sincero como que ha sido y so-
ñado intensamente del principio al fin.

Por feliz añadidura, Matilde Camus se
vierte en su poesía tal y como ella es:
plenamente mujer, sensiblemente feme-
nina y rebosada de bondadosa dulzura.

Su poesía es perfecta en lo formal:
sencilla, difícilmente sencilla en la ex-
presión, y tiene honda y jugosa la raíz de
que se nutre.

De verdad que leer este libro es un
verdadero solaz.

* * *

*IMPETU, PASION Y FUGA, por Rubén
Caba. Colección AGORA Ediciones
ALFAGUARA. Madrid, 1972.*

Rubén Caba es, venturosamente, un
tránsfuga de eso que hoy se llama la
sociedad de consumo. En la solapa de este
libro, primero de su producción poética,
se dice: «En Diciembre de 1971 abandona
definitivamente el puesto que ocupa en
una sociedad de estadística y sociología
aplicada, por considerarlo incompatible
con su vocación literaria».

No es que sea un caso de vocación tar-

día, puesto que ya de estudiante de Dere-
cho, en la Universidad Central, obtuvo el
primer premio de poesía de la Facultad;
más bien diríamos que lo es de decisión,
de heroica decisión tardía.

Por fuerza, esa vicisitud ha de advertir-
se en la poética de Rubén Caba. El desa-
rraigo ha debido ser violento y, en algún
modo, doloroso. El mismo título del libro
parece la extrema síntesis de un proceso
ánimico complejo y muy guerreado. El
poeta tiene que justificar ante sí mismo, y
quien sabe si ante los suyos, su drástica
determinación.

De otra parte, puede muy cerca el sa-
cudido de la arcilla para que lo angélico
liberado no sienta, de vez en cuando, el
escalofrío de su pura desnudez. No, el
autor no está aun a solas consigo mismo
—quizá esta es una soledad que nadie
consigue nunca del todo— y lo poético y
lo material se reprochan y remuerden
dentro de sí.

Por eso, nada más empezar su canto,
hace alusión a esa batalla, de la que se
quiere vencedor aun sospechando su pro-
pio vencimiento:

¿Acaso luchar sabiéndolo
no es conquistar unos palmos
de verdad a nuestros sueños?

El libro está dividido en tres partes que
se remiten a su propio título: *Impetu, Pa-
sión, Fuga*; pero no tan diferenciadas que
nos quiten del todo la razón de lo que más
arriba sospechamos.

Comienza sentando su credo vital —o,
mejor, espiritual aunque lo espiritual sea,
acaso, lo realmente vital para el poeta—,
primera justificación de sí mismo, de su
en-si-mismamiento:

Creo en lo que se oculta hacia el otoño
para manifestarse en primavera,
en el solo Ser que anima las cosas
a configurarse como diversas

y sigue y cree en el sentido del mito y en
los profetas y en la verdad de la belle-
za...; y fía

... en la libertad de sueños
siempre que el soñante ame sin reservas.

El poeta es filósofo, e hijo de filósofo y
poeta, por lo que no es extraño ni nuevo
su ir y venir de la razón al sentimiento,
de la adivinación al pensar. Ciertamente,
el hombre se mueve siempre como pelo-
teado entre la lógica y la magia; anda o

ensaya el vuelo, con diferente fortuna;
piensa y sueña o ensueña; cavila o se ali-
gera de lastre, y así se va fraguando, co-
mo a golpe de llama y acotillo, hombre
forjado y entero, verdadero hombre de
Dios, que así lo quiso. Véalo si no el pro-
pio lector cuando el poeta dice:

Plácidamente morimos
cada día sobre el lecho.
¡Acabemos con la noche!
¡Mordamos, masquemos verbo,
que el ojo vea la luz
que irradian los pensamientos!
¡Con el arco de la frente
disparemos sobre el sueño!

y se contradice en el poema siguiente:

No quisiera quedar nunca
enclaustrado en mis medidas,
como un peñón convertido
por un cataclismo en isla,
sin ese puente ilusorio
que es la verbal poesía,

para remachar en el clavo, muy luego:

¡Apuesta tu simple fe
contra toda la razón!

y soltarse a los vientos, después de haber
ensayado el vuelo con el *impetu* definitivo
y liberador:

¡Que vivan los pájaros,
seres inestables
y, por ello, alados,
a los cuales nadie
concedió diplomas
de ejercer el aire!

Hasta aquí la primera parte de este li-
bro en la que, como ya hemos dicho, el
poeta parece que trata de justificar su ca-
si sobrehumana decisión. Y es curioso
como, visto desde fuera, nos hace sonreír,
a veces, la puerilidad encantadora con
que solemos autovalorarnos para trans-
cendentales resoluciones. En este infantil
—sólo de los niños o de los que se hacen
como niños es el reino de los cielos— ir y
venir está, para nosotros, el mayor en-
canto de esta primera parte del libro que
comentamos.

Ahora, liberado ya el poeta de otra
preocupación, canta con más soltura y
mejor acento; es, o nos lo parece, más
auténticamente sincero y espontáneo y,
aunque despreocupado también de la for-
ma, consigue, aparte de la hondura poé-

tica ricamente entrañada, sencillas bellezas expresivas que conmueven con muy grato estremecimiento:

Por inmenso, por singular que seas,
te apoyarás en mí
como el mar descansa sobre la tierra
.....

Aguas de mi río
que no siempre bajan
.....

Mi vida no es cosa mía
yo solo aporto la muerte.

Este «Impetu, pasión y fuga», merece por sí mismo un comentario más detenido y extenso porque hay mucho hombre y mucha vida dentro de sus páginas. Lástima que no dispongamos de espacio ni de talentos bastantes a sus merecimientos. Pero si podemos y queremos decir que esperamos mucho de este poeta que viene ahora entre nosotros, que le saludamos alborozados y que le abrimos los brazos para un apretón así de grande.

El libro está editado con la elegante dignidad con que acostumbra hacerlo la colección AGORA.

*
* *

INTRODUCCION AL ARTE DE LA POESIA, por Hugo Emilio Pedemonte. Huelmul. Buenos Aires, 1967.

Hugo Emilio Pedemonte es un escritor, un buen escritor que cultiva con rigurosa e inspirada pluma géneros literarios muy diversos; entre ellos la crítica de Poesía.

Habemos muchos críticos, o comentaristas, literarios que ejercemos este antipático menester sin haber revalidado ni aún siquiera validado, muchas veces— otros títulos que los de nuestro leal saber y entender y, aún eso, no siempre con fiel lealtad, saberes suficientes y discretas entendederas.

Porque, en efecto, hay muchas actividades en la vida para el ejercicio de las cuales apenas si se exige otra cosa que algo de oficio —basta con tocar de oído y con un dedo—, una tribuna donde ponerle el paño al púlpito y la audacia necesaria para pontificar de lo divino y de lo humano con cuanta apariencia de suficiente seguridad se pueda. No hay riesgo de que le instruyan a nadie causa por delito de intrusismo.

Uno, que se confiesa pecador contumaz, quiere purgar aquí alguna penitencia en

descargo de sus culpas haciendo justicia a Hugo Emilio Pedemonte, que acreditada con este libro ejemplar cuántos y cuán rigurosos son sus conocimientos, qué bien tasada y en el fiel su ponderación y cuán afiladas y limpias sus discretas agudezas.

Bendito sea Dios que, entre tantas voces hueras, temerarias e irresponsables, permite que se oiga alguna con categoría de hombre sabidor, palabra de magisterio y noble y generosa intención.

Recuerdo mis años mozos, cuando estudié Preceptiva Literaria y composición, cuyo texto conservo todavía y no ha dejado de servirme nunca. Estos estudios fueron estímulo para mis primeros versos, me disciplinaron en el arte de componer, primero, y, mucho después, me enseñaron a discernir en mis lecturas.

Hoy se atiende a estas disciplinas —me refiero a nivel de enseñanzas no especializadas, claro está— muy de pasada y, frecuentemente, con notable menosprecio. Así, he tenido consultas de jóvenes poetas que ignoraban en absoluto el Arte Métrica y no tenían ni idea de lo que era un serventesio, pongo por caso. Y así anda ello no pocas veces.

Cierto que todo aprendizaje suele resultar penoso o molesto y aún más al que se cree artista, que lo que desea es hacer arte y pronto. Mas, mucho más en nuestros días, en los que recusamos toda ligadura, recabamos libertad plena y miramos con desdén cuanto ignoremos, con lo que venimos a despreciarlo casi todo.

De aquí la importancia, creemos, de una publicación como esta que nos ocupa. Pero H. E. Pedemonte justifica mucho mejor que nosotros sabríamos hacerlo la oportunidad y posibles beneficios de su libro:

«Una introducción al arte de la poesía —no al misterio poético, entiéndase bien— es siempre un trabajo elemental, explicativo, incluso reiterativo. Sin embargo, no abundan estos tratados; por el contrario, son difíciles de hacer y hallar, porque transitar una senda iniermedia y borrosa que orilla tanto las nociones escolares de métrica y versificación cuanto el reclamo de la sensibilidad a una aproximación a lo recóndito del poema, reclamo de problemática versión didáctica.»

«Cuando se logra desbrozar ese sendero se posibilita un punto para la captación poética y además se provoca al lector o destinatario al impacto del hecho poético; consiguientemente, su perplejidad, asombro, deslumbramiento e interés poético.»

A esto dice el autor que aspira su libro y, por Dios, que lo consigue con algunas añadiduras para todo lector atento y reflexivo.

Para que se comprendan la importancia y alcance de esta publicación, puesto que la extensión discreta de una reseña como la nuestra no permite más detenido examen, resumimos el sumario—lo que viene a ser doble reducción de la misma:

«ESTRUCTURAS TECNICAS

ORIGENES HISTORICO - POETICOS

Clasicismo-romanticismo

Formas trovadorescas (juglares y payadores).

ANALISIS SOBRE LA EXPRESION

TEORIA Y REALIDAD DEL POETA

LAS TRADUCCIONES Y LA POESIA»

Son casi doscientas páginas hechas pura lección magistral, sin énfasis de dómíne, con clara sencillez, expositiva y notable acierto en la selección de ejemplos, paradigmas y atinadas reflexiones, lo que acusa mucho detenimiento, concienzuda meditación y estudio asiduo del tema.

A título de muestra podríamos citar las correlaciones curiosísimas que señala entre el poema «El Cuervo», de E. A. Poe y la rima LXXII, de G. A. Bécquer. O el estudio comparativo con que analiza las analogías y divergencias poéticas y expresivas de los poemas «Estampa de Castilla», de A. Camín y «Orillas del Duero», de A. Machado.

Aun siendo un libro didáctico resulta de lectura apasionante, tanto que, embebido en el encanto de sus interesantes motivos y sugerencias, uno corre y consume páginas con paso más ligero del que conviene y ha de volver atrás para tornar a leer con más sosiego y meditación.

Sinceramente, creemos que se trata de un libro importante y, sobre todo, necesario; que puede hacer mucho bien a lectores y poetas; que enseña muchas cosas que es preciso saber para lograr la creación excelente y para gustar los deleites de lo verdaderamente bello; que puede ayudar a enderezar muchos descarríos y a aclarar no menos oscuridades.

Como a mí me ha servido mucho porque me ha enseñado bastante, lo recomiendo a todo el que busque lo bueno para su placer o para su complacencia.

Sobre nuestra mesa queda, como un breviario para la frecuente consulta y el rezo poético de cada día.

José CANAL



POESIA DE LA TIERRA, por Manuel Pacheco. Madrid 1970

Muy de lejos—porque otros afanes y trabajos durante varios años me apartaron de la literatura pura—he seguido la obra poética de Manuel Pacheco, nuestro gran vate extremeño. Incidentalmente en esta misma revista ALCANTARA años atrás, en tiempos en que tenía ocasión de hacerlo, he de comentar—si no estoy equivocado—un par de libros suyos. Pacheco, como Picasso, como todos los verdaderos artistas, tiene en su paleta poética distintos colores, aunque todos están polarizados por una luz especial muy suya: el amor al hombre, a la Humanidad.

Sus primeros libros por mí conocidos pertenecían a una modalidad que entonces se solía llamar «tremendista». Pacheco se complacía, con gran desesperación de las personas que como yo admiraban su lira pero tenían otros gustos, en poetizar las cosas desagradables de la vida. Como mi tónica fue y sigue siendo la sinceridad, he de comentar aquellas obras con la mezcla de admiración sentida y de rechazo físico que me producían.

El segundo libro que comenté suyo se titulaba «Los caballos del alba» y en él, desaparecido el contenido amargo, quedaba el continente brillante, magistral, impresionante de sus versos bellísimos. Pacheco por una vez cantaba algo hermoso: el amor.

Ahora llega a mis manos un tomito titulado, como se dice al principio, «Poesía en la tierra», título un poco abstracto para el contenido descaradamente fuerte que encierra. En este tomito Pacheco se ha lanzado de lleno a la llamada poesía social, y la trata con el vigor, el apasionante y el oficio poético que le conceden sus ya largos años de cantar sobre papel. Como en sus primeros libros, nuestro poeta vuelve a contemplar el mundo con cristales negros, recreándose en la sangre y en el cieno y blandiendo versos como trallas que abren arcos sanguinolentos en las interioridades del lector. Son indudablemente poemas de protesta agria y acerba que no cabe duda deberían ser

éidos muchos de ellos en las ágoras optimistas de la sociedad plerónica y superdesarrollada que nos rodea, para recordarnos, aunque sea con borbotones de acíbar, que no todo en el mundo actual son hoteles plerónicos, vehículos raudos y playas placenteras.

Entre todos estos gritos lacerantes, tremendos y tristes, se deslizan versos de insospechada dulzura que demuestran la capacidad del poeta para lo tierno, contra su misma propia voluntad. El dice:

Yo me dirijo al hombre; he olvidado la
(luna
y la brisa y el cisne y el cristal del piano

Pero aunque a veces habla de «quien ha quemado sus pupilas como una astí la seca» del hombre que tiene fangos y alacranes en el alma, y clama por Biafra, por el Vietnam o Hiroshima y por todos los puntos del mundo donde la Humanidad arde o se pudre, también escribe versos como éste:

Si el niño nace barro, hay que hacerlo
(esperanza,

Y sabe terminar un libro de denuncia y protesta sangrienta con una maravillosa

«Nana y dolor de María», donde el estro popular de la mejor ley canta cosas como ésta.

Mi pajarillo blanco
mi pajarillo.
Caracolas de acacias
para su nido.
¡Ay tu cuna de paja.
cunita cuna!
Quiero cubrir tu sueño
de blanca luna.
Arbol sin ruiseñores
para doirme.
Mi niño tiene frío,
la noche viene.

Creemos que Manuel Pacheco no ha expresado aún la profunda dimensión humana de su alma poética. Se ha detenido con cierta masoquista delectación en las muchas cosas negras que desgraciadamente tiene y seguirá teniendo el mundo. Pero algún día llegará un *periodo rosa* o un *periodo azul*. También los cisnes y las brisas y los cervatillos existen en este mundo y también necesitan que alguien los cante. El que no necesita cánticos es el dios Vientre, que desgraciadamente también, tiene en nuestro bajo mundo cada vez más adoradores.

C. C. S.



NOTICIA DE REVISTAS

BOLETIN DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. Tomo CLXIX, cuaderno I. Madrid, enero-abril 1972.

Necrología del Excmo. Sr. D. Luis Redonet y López Doriga, por Jesús Pabón. *Nota biográfica de don Agustín Gabriel de Montiano*, por José Antonio de Songroniz, marqués de Desio. «El navío o los deseos», diálogo de Luciano de Samosata, por Angel Ferrari. «Avisos y negocios mediterráneos del mercader Pero de Monsalve», por Eloy Benito Ruano. «Nueva luz sobre la prisión de Quevedo y Adam de la Parra», por G. H. Eulliol. *Miscelánea, informes oficiales sobre escudos y declaraciones oficiales*. Nota sobre el nombramiento de Académico numerario del ilustre extremeño Marqués de Siete Iglesias.

EDUCADORES. Revista latinoamericana de educación. Número 93. La Plata, Buenos Aires, Mayo-Junio 1972. Trabajos todos ellos referentes al tema educativo, originales de Juan Enrique Bolzán, Gabriel Cámara, Santiago Vidal Muñoz, Gabriel A. Galetti. Documentos, noticiario educativo, revista de revistas y bibliografía.

REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMENOS. Tomo XXVIII, número I. Badajoz, 1972. *Extremadura en Azorín*, por Fernando Pérez Marqués. *Futurología religiosa*, por Narciso Sánchez Morales. *Médicos extremeños*, por Juan Enrique Anselmo. *Ascendencia extremeña de la gran poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda*, por Alfonso de Figueroa y Melgar. *Psicología del Barroco*, por Juan García Gutiérrez. *Desaparecen nuestras obras artísti-*

cas, por Enrique Segura Otaño. *Reyes Huertas, poeta y novelista, a través de mis recuerdos*, por A. Manzano Garias. *¿Por qué nació Barrantes?*, por Teodoro Fernández. *Profesionales, obreros y Añesanos de Badajoz en 1750*, por Arcadio Guerra. *Apuntes bibliográficos de don Vicente Barrantes Moreno*, por Juan Antonio Muñoz Gallardo. *En torno a Gabriel y Galán*, por Francisco Valdés. *Barroco extremeño*, por Teresa Jiménez Prego. *Recensiones, noticias y revistas*.

GUADALUPE. Revista mariana, número 600, Guadalupe, Julio-Agosto 1972. (Director: Felipe Trenado, O. F. M.). Editorial. Trabajos de Nicolás Sánchez Prieto, Manuel Soria, M. Terrín, Fray Antonio Corredor, Carlos Callejo Serrano, Moisés Cayetano Rosado, Gil Cordero, Fray Serafín Chamorro, Francisco Romero Melián, Fray Gregorio de Bolívar, José María de Sopenrán, Teodoro Fernández, Josefina García Díez. *Llamamiento de la Asociación de Caballeros de Guadalupe*. Consultorio, por Fray Francisco Romero. O. F. M. Noticiario e ilustraciones.

ALAMO. Revista de Poesía. Núm. 38 y 39, Salamanca, Junio 1972. *Intervienen Gloria Fuertes, Jacinto López Gorge Emilio del Río, Alberto Alvarez de Cienfuegos y Torres, Pedro J. de la Peña, Joaquín León, Rafael Soto Vergés, Pío Muriedas, Alfonso López Gradolí, Jesús Montoro Obrero, María Teresa Mongay, Apuleyo Soto, José María Montells, Antonio Fraile Montenegro, Ramón de Marcos Sanz, Schubert, Daniel G. Culla, Manuel Castellón, Angel Capellán, José María López*